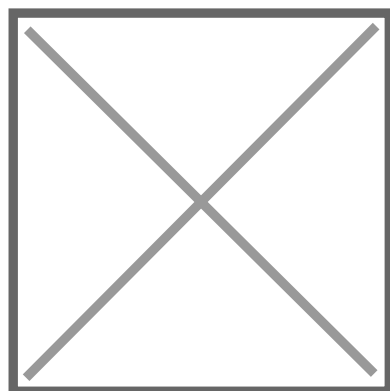




Mi experiencia de Cristo

676.004

Miguel Arteche ✍

A poco más de treinta años de haber escrito mis primeros poemas, me pregunto, como me preguntaba entonces, por qué, una y otra vez, regreso a un acto que para algunos es signo de no estar en este mundo, y para otros, necedad o admiración. Y como en aquel tiempo, vuelvo a darme la única respuesta que debe darse a un poeta: tú estás entre una y otra orilla, perteneces a aquella y a esta orilla, estás condenado a mantenerte en el centro de la corriente, porque no puedes sino dar cuenta de lo que el hombre es, de su soledad y alegría; pero sabes, al mismo tiempo, que el hombre se prolonga en Dios y no tendrá fin. Y entre aquella y esta orilla, el don. Ese don del cual habrás de responder. El don de la palabra: la palabra que en el acto de crear se nos entrega como una llama o un viento que nunca se sabe de dónde sopla¹.

Y con la palabra se puede crear o matar. Con la palabra puedo ligarme a lo más profundo del hombre o deslizarme en su trivialidad. Con la

palabra me sumerjo en la belleza de las cosas para unirme a Dios, o me separo de Él en la desesperación o en el abandono. Con la palabra puedo ser infiel o ser tan fiel que salga de ella vacío para siempre. Con la palabra me penetro y de mí mismo salgo a la soledad o a la alegría de otros hombres. Con la palabra, aunque brote desde el centro de mi laberinto, puedo salvar a otros y, sin embargo, condenarme. Situado en el centro de la corriente, hablaré de aquella belleza, que sé es efímera; volveré a preguntarme por qué se me pide que cante lo efímero si estoy dentro del tiempo, y, con él, arrastrado por la fugacidad, yo, que debo escribir para detener el tiempo y borrarlo. Con la palabra, esa llama invisible que me quema los dedos, estoy en el mismo instante a solas y acompañado. No me pertenezco. Pertenezco a los otros, a mis prójimos. Ningún poeta puede decir que escribe sólo para él, pues todo se nos entregó para compartirlo. En el momento mismo de terminar de escribir un poema, allí termina mi alegría y comienza la de los otros. Pero comienza mi tristeza: la de no haber podido dar todo lo que debí dar. Y vuelta a comenzar en otro poema, para sentir ese

gozo de dolor: pertenecerse a sí mismo y no pertenecerse a sí mismo. Si el don de la poesía es gratuito, también el acto de escribir lo es. Y aquí termina y comienza otro camino.

Nunca dudé de mi vocación. Fue, hacia 1946, un resplandor, instantánea revelación de lo que iba a ser cuando descubrí la poesía y comencé a escribir mis primeros poemas. Lo que me obsesionaba entonces era el súbito descubrimiento de la fugacidad de la vida humana, de mi propia fugacidad, y durante años sentí una sensación casi física de ella. Nunca dudé de lo que sería, y ahora conozco que ésa fue otra entrega de Dios. Sólo muchos años después, descubrí a Aquel que ha detenido el tiempo, centro de la Historia, el primero y el último: Cristo. Pero entre un descubrimiento y otro, cuánta desesperación, cuántas cosas de las que me enorgullezco y me avergüenzo, cuánto herir y cuánto ser herido, cuántas noches y cuántos días, cuánto caer y levantarse en mi palabra o en mis actos de hombre. Después de todo, ¿qué restará de mí sino la alegría que supe crear en otros o el sentirme en lo más profundo de otros, que es una manera de

1. Texto leído el 2 de septiembre de 1980, en la Parroquia Universitaria, durante el ciclo "Mi experiencia de Cristo".

Mi experiencia de Cristo. [artículo] Miguel Arteche

Libros y documentos

AUTORÍA

Arteche, Miguel, 1926-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mi experiencia de Cristo. [artículo] Miguel Arteche

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile